

* * *

El triunfo coronó los esfuerzos de don Rodrigo; la vara mágica de la fortuna cedió á su impulso; era feliz, vivía con los que amaba y su vida era un continuado placer.

Al ceñirse la corona de sus descendientes creyó, sin duda, que el obtenerla era su sola misión; después de esto abandonó sus deberes y confió el mando á quien supo adularlo; en vano Don Pelayo le expone el abismo en que ve que se hunde entregado á la molicie, al abandono y prodigalidad.

En lamentable estado recibió el reino: el tesoro estaba exhausto y las costumbres viciadas; tuvo al principio conciencia del regimen que debía seguir, pero su alma, extragada con el ocio, no supo corregir los vicios que encontró implantados; continuó por la senda de su antecesor con las mismas peripecias y causando peores estragos.

Los hijos de Witiza, aliados con su tío Don Oppas, Arzobispo de Toledo, señor de grandísimas influencias, traían toda la corte revuelta; el rey comenzó á demostrar su descontento, y ellos temerosos pasaron á Berbería, en región que estaba sujeta á los Godos, la cual se llamaba Mauritania; en ella gobernaba el conde Don Julián, su tío, esposo de la hermana de Witiza.

En aquellos días estaba ausente Don Julián por cumplir con una embajada á que lo mandó el rey, y gobernaba en su lugar el Conde Requila.

Don Julián había dejado con la reina Equilona, esposa de Don Rodrigo, á su hija Florinda, hermosa joven en quien estaban recopiladas todas las virtudes tanto físicas como morales, y allí vivía con otras jóvenes, como entonces era costumbre, porque á la vez que eran damas de la reina se educaban en cuanto concernía á su sexo y jerarquía, hasta que la misma soberana las casaba.

Con los mancebos pasaba lo mismo al lado del rey: éstos le servían de pajes, de halconeros y de otros cargos, hasta quedar hechos hombres útiles y buenos guerreros.

En uso de esta costumbre, una calurosa mañana de un día de verano las nobles damas, que vivían en familia con la reina, bajaron por una estrecha rampa en compañía de sus dueñas hasta las márgenes del Tajo, en donde estaba el departamento de los baños perteneciente al Alcázar; recorrieron todas las dependencias y siguieron por un estrecho pasillo.

Presentóse á la vista un bellissimo remanso sustentado con las aguas del Tajo, cuyo lecho, tapizado con finas y doradas arenas, estaba sombreado por las esbeltas ramas de los sauces y las guir-

naldas de azules y rosadas campanillas; pronto se vieron despojados los arbustos de sus flores, y éstas, sobrenadando sobre las aguas semejaron una canastilla donde los claveles, las amapolas y narcisos, se veían entrelazados con listones de cristal.

En un momento desaparecieron las jóvenes tras la enramada de jazmines y después, entreabriendo dicha enramada, penetraron todas en el agua entre una salva de gritos, empellones y carcajadas; largo rato estuvieron en el remanso jugando unas con otras, ya arrojándose las flores, ya sumergiéndose, hasta que al fin, ebrias de risa se fueron á vestir, y al irse deslizándose se transparentaban sus cuerpos cual si fueran de alabastro rosa, á través de su túnica de lino, que con el agua se hallaba adherida á su epidermis.

Florinda se atrasó un poco para recoger un ramo de amapolas, que al llevarlo se fué deshojando y se adherieron los pétalos á sus bellísimos pies como si fueran manchas de sangre.

Regresaron al palacio por la misma senda por donde habían venido, y en el momento que el hijo pequeño del jardinero fué á abrir la ventana de la galería que daba al jardín de los baños, vió á un hombre noble, á juzgar por el traje, que salía por otra puerta.

La persecución de que era objeto Florinda fué desastrosa, hasta consumarse la desgracia de ella y de toda la nación de los Godos.

El Conde Don Julián estaba en la embajada á donde le mandó el rey, cuando recibió una carta donde Florinda le pedía venganza por su honor mancillado.

* * *

Mucho tiempo hacía que los sarracenos inventaban asonadas contra España, pero en cada pecho español encontraban un baluarte, y á pesar de la relajación de la corte, los puritanos fronterizos defendían la entrada y en sus asaltos fueron rechazados los sarracenos. Pronto se distrajeron éstos y llevaron sus armas victoriosas por casi todo el Mediterráneo, invadieron la Persia y sojuzgaron el Egipto, la Suria, y al fin triunfaron en Africa, teniendo por rey á Ulit, soberano de los árabes, á quien llamaban Miramamolín; éste tenía en sus posesiones de Africa á Muza por gobernador, era hombre sagaz y entendido, y su decisión le valía la confianza de Ulit.

Al saber don Julián la afrenta en que por violencia del Rey cayó su hija, no hay palabras con que comparar su desesperación, y el infeliz padre trazó en su alma venganzas sin cuento, hasta

que encontró la que nunca debía haber elegido: sin rémora emprendió su regreso á España y con feroz disimulo dió cuenta de su embajada y estudió bajo todos los puntos el estado político y estratégico en que se hallaba la nación, que aun cuando lo conocía por su rango y el puesto que desempeñaba, su astucia en este tiempo se refinó con la criminal idea de la traición que para siempre condenaría su alma y afrentaría su memoria.

Con maña obtuvo del rey llevar á su hija, y ya sin tropiezos, se dirigió á Málaga donde se embarcó para Ceuta.

**

Todos los países, hasta el último rincón de la tierra, tienen alguna fantasía que los embellece, un romance, una historia. El alma se embriaga cuando escucha esos cuentos que inician en el justo criterio el grado de cultura ó decadencia á que llegan los pueblos. Los grandes historiadores cuentan esas historias que les legó la tradición, y hacen bien, porque esos cuentos son la prórroga que texto concede á la fantasía.

Cuentan que en Toledo toda la gente miraba con respeto un antiguo caserón que se conocía con el pomposo nombre del palacio encantado; no se sabe la época en que fué construído y nadie supo quién había puesto los enormes candados con que estaban cerradas sus macizas puertas. Toda la gente creía, como si fuera Evangelio, que á la hora que ese palacio fuera abierto, perecería España.

Lo sabía el rey como toda la gente, pero como las horas para éran tan largas por la ociosidad en que vivía, dió en menguar esas horas, pensando en el palacio encantado, imaginándose que guardaba todos los tesoros de los reyes sus antecesores.

Lo que menos pensaba la gente era que algún osado cometiera la imprudencia, (para ellos sacrilegio) de querer penetrar en el edificio que todo el mundo había respetado; pero como todo tiene fin en esta vida, una mañana lo tuvo el misterioso palacio encantado, porque los vecinos presenciaron consternados que el rey, en compañía de muchos cortesanos, miraba romper los cerrojos que resguardaban el vetusto edificio; las enormes puertas giraron sobre sus goznes, como si hubieran sido abiertas el día anterior, y penetrando el rey con los suyos, se encontró en un vasto salón completamente vacío. En el centro había un cofre de hierro en el que habiendo sido abierto, encontraron un lienzo que tenía pintadas figuras de rostros atesados y con turbantes, y un letrado en que se leían estas palabras: "Por esta gente será en breve destruida España."

Al ver esto, la superstición atacó aquellos corazones apocados por la inercia, convenciéndose, al juzgar por la estampa del lienzo, que serían atacados por los moros.

Tarde arrepintiése Don Rodrigo de haber profanado aquel secreto resguardado por el dominio público, porque el miedo, precursor de la desgracia, invadió á los que presenciaron aquel acto: la noticia cundió con rapidez por toda la ciudad, y el espanto se apoderó de todos los habitantes.

**

Visible era la preocupación que se advertía en todos los ánimos cuando se hablaba de la situación del país. Don Julián, de paso para Ceuta, se hizo cabecilla de las muchas conjuraciones de que como peste estaba invadida la nación; así, se embarcó en Málaga, donde es fama que hay una puerta que se llama de la Cava, en las costas del Mediterráneo, porque con ese nombre de Cava llamaron los árabes á la hija de don Julián, y en su idioma quiere decir: la mala mujer.

En las dependencias del conde Requite, cerca de Gibraltar, hay un monte que se llama Caldederino, nombre que le dieron los árabes por significar traición, en su idioma. Allí Don Julián, en compañía de otros delincuentes, selló el pacto para que penetraran los moros en España.

El venturoso Muza, favorito del Califa Ulit, se hallaba en uno de sus pequeños alcázares de los que hacía poco tiempo le fabricaran con muros de piedra y argamaza, pues anteriormente sus alcázares eran trasportados en el lomo porque eran de telas.

En uno de esos bellísimos edificios de muros se presentó Don Julián; el esclavo nubio que lo introdujo le dijo: ¿Dí qué quieres, cristiano? Que digas á tu señor, contestó Don Julián, que el Gobernador de Ceuta quiere hablarle. Dió vuelta el africano y desapareció por una calada puertecilla; el Conde emprendió un paseo sin aperebirse de la oriental belleza de aquel sitio.

El murmullo de los juegos de agua que surtían las marmóreas fuenteillas del patio impidieron oír los pasos del Arabe Muza; éste lo contempló algunos instantes y después le dijo: Allah te guarde. El sea contigo, contestó Don Julián. El moro lo condujo á un diván de seda escarlata, el Conde quiso que el moro se sentara á su lado.

Sorprendido escuchó el moro las criminales ofertas de aquel hombre que le ofrecía su patria cual si fuera una esclava. Lo creyó demente ó poseído, y largo rato lo escuchó sin interrumpirlo. Don Julián, enloquecido por el vértigo del parricida, le ponderó

la holganza de don Rodrigo, la flaqueza de sus compatriotas, la miseria del tesoro, el desorden de la disciplina militar, las malas costumbres, los destierros, las persecuciones de los hijos de Witiza, las fortalezas desmanteladas, la marina abandonada, y el deshonor de Florinda. Y todo esto con una saña tan grande, que Muza quedó horrorizado.

Acabó Don Julián enumerando su cuantiosa cooperación y sus planes; al momento no supo contestarle el moro, que con la frente entre las manos y los codos en la incrustada mesa, colocó con su imaginación el turbante agareno sobre la ibérica tierra. Arrojó al suelo la Santa Cruz de las torres, y colocó la media luna.

Al separar las manos de su frente tenía echado un cálculo completo, pero al ver el risueño semblante del perjuro se imaginó que aquel hombre quería, tal vez, explotar el poder musulmán para escalar un trono.

Esta última sospecha que se aferró á su alma, no la dijo al Conde, pero lo hizo retardar su contestación por muchos días, hasta que, apremiado por los hijos de Witiza, se resolvió á mandar á Tarif, su capitán, hombre discreto y entendido, como General de la empresa, pero el miramamolín dispuso que las operaciones comenzaran con poca gente, porque no estaban seguros de la expedición.

Tarif avanzó hasta el monte Calpe y allí incendió las naves porque los soldados querían retirarse, y asentó sus reales en Tartesso [hoy Tarifa], adelantóse Don Julián y ocupó á Heraclea [hoy Gibraltar], y después le siguieron los sarracenos. Pronto engrosaron sus filas: de todas partes venían aliados, como acontece en todas las invasiones, pues las conquistas más bien las hacen los traidores que los invasores.

Don Rodrigo luego se apercibió á la defensa y con muchas dificultades aparejó un ejército con soldados bisoños y capitanes enervados por los vicios; puso este cuerpo al mando de Don Sancho, su sobrino, y marcharon aquellos jóvenes decrepitos á ponerse al frente de aquella morisma de piel calcinada en los desiertos de la Arabia pétrea, y ejercitados en los combates de Cartago y de Numidia.

Fácil es adivinar que los que no se salvaron por medio de la fuga en varias escaramuzas y en el combate decisivo, cayeron bajo el alfanje musulmán, como caen las mieses al golpe de la segur. Y no es decir que no se defendieron con el valor del que defiende su vida, pero fueron vencidos, y ya dueños del campo los mahometanos, pasaron á cuchillo desde el General Don Sancho hasta el último soldado. Entregaron las casas al saqueo y de es-

tas al ser devoradas por los incendios, huían aterrados los moradores. Se desparramaron por las costas meridionales, se apoderaron de Sevilla y de otros pueblos, y Lucitania y Andalucía fueron víctimas del pillaje.

Alentados con la derrota de Don Sancho pasaron á Mauritania el Conde y Tarif, ó Abensarca, que así le decían por faltarle un ojo, y solicitaron refuerzos con qué continuar combatiendo, los cuales, en justicia, les fueron concedidos por los buenos resultados anteriores, dejándole á Muza, para mayor seguridad, á el Conde Requila, que como recordarán nuestros lectores, era el acaudalado subalterno de Don Julián.

Las victorias alcanzadas fueron el caleidoscopio de los bárbaros, y lo mismo se allegaron las tropas del miramamolín que las tribus nómadas que asolaban las costas africanas, y era tal la multitud, que más bien parecían provincias musulmanas.

Sin darse descanso don Rodrigo levantaba otro ejército; la derrota de Don Sancho lo obligaba á ponerse al frente del ejército, pues no tenía en quien depositar la confianza de una acción de la cual dependía el porvenir del reino y el suyo, y determinó ir él como caudillo.

Mandó publicar un bando para que acudieran á alistarse para la guerra todas las gentes que estuvieran en estado de empuñar las armas, con pena de fuertes castigos si no acudían al llamamiento: se formó un gran ejército ajeno por completo á los combates, porque se componía de viejos capitanes cuyas armas estaban enmohecidas y de jóvenes nobles estragados por los deleites: el entusiasmo que estos noveles demostraban por irse á las manos con los contrarios hacía esperar mucho, por las bravatas, pero poco podía resultar, pues carecían de armas, quizá por no saberlas manejar, pues muchos estaban armados con hondas ó troncos de arbustos.

Don Rodrigo no se preocupó mucho por la disciplina, y aunque se hubiera preocupado, don Julián, tan rápido en obrar como feroz en vengarse, lo asuzó como á una bestia herida y le puso por cañes á los moros, que en tan poco tiempo tan sólo los dividía de Castilla la Sierra Morena.

Marchó el rey al encuentro de los rebeldes ó invasores y acampó cerca de Xerez, donde fortificó una llanura y asentó sus reales á orillas del río Guadalete, y acongojado y vigilante puso todo su esfuerzo en las escaramuzas, que durante algunos días se sucedieron. Ordenadas sus huestes para la batalla les arengó desde su carro de marfil y oro, y vestido á la usanza de los reyes godos, con ropajes de púrpura de Tiro recamadas de oro, y telas de Damasco.

Como el rey arengó á los suyos, así Tarif enardeció con sus bélicas razones, y uno y otro ejército estaban en el mismo grado de furor; suenan las cajas y atabales; se arremeten; suena la gritería; funcionan las hondas; silban los dardos y ruedan los cuerpos y las cabezas cercenadas. Simulan las espadas y los alfanjes una confusión de reflejos que producen gemidos, voces y maldiciones; parece que el monte Calpe avanza, que la tierra se estremece, que el río sale de su cauce y su linfa, teñida con la sangre de los combatientes, corre lamentándose á sepultarse al Océano.

En lo más fuerte de la pelea, cuando la victoria estaba indecisa, Don Oppas, que iba con Don Rodrigo, se volvió contra él y sus compañeros, y éstos, sorprendidos por la traición, comenzaron á flaquear, pues en el flanco más débil arremetió en compañía de Don Julián. Al ser debilitados y combatidos por la misma fuerza que cometi6 la defección, empezaron á retroceder. El rey combatió como soldado y dirigía como general; y cuando tuvo la certidumbre de su derrota, saltó sobre su caballo Orelia y desertó en batalla por no verse prisionero de su enemigo. Al huír el rey, la desmoralización no tuvo límites, el espanto y la dispersión desastrosa y general en los vencidos y el triunfo de los serracenos fué completo.

A la orilla del río se encontró la corona y la ropa de Don Rodrigo, dando á entender que se arrojó al río por salvarse, sin saber si se ahogó ó si pasó á otro país, hasta tiempos después, dice la tradición, que en la ciudad de Vico se encontró una piedra que tenía grabado un letrero en latín que decía: «Aquí reposa Rodrigo, último rey de los Godos,» por lo cual creer que logrando salvarse, se refugió en Portugal.

La batalla del Guadalete fué el día tres de Octubre del año de 711 ó 714, pero sea el año que hubiere sido, el día fué aciago porque en él se efectuó la clausura de tres siglos de la dominación de los godos, y en ese día se inauguró la época de hambre, de persecuciones y de peste, porque los naturales afrentados y míseros, eran atacados por Don Julián, que conocedor de los medios de defensa, los perseguía á la segura, y morían defendiendo su patria,

Córdoba fué atacada, y después de tres meses, tomada por sorpresa.

Andalucía fué tomada por Talif y llevada á sangre y fuego.

Murcia se rindió ventajosamente, porque cuando faltaron soldados, el gobernador vistió de hombres á las mujeres y las puso en la muralla; engañado el enemigo, concedió lo que pidieron.

Toledo se defendió algunos meses hasta que la tomaron por sorpresa á la hora de la procesión del Domingo de Ramos.

León se rindió por hambre lo mismo que Castilla la Vieja.

Guadalajara fué tomada lo mismo que Gijón.

Mérida fué vencida por Muza; después de grandísimo esfuerzo, Sevilla se rehizo y con gran daño volvieron á tomarla. Abdalasis, hijo de Muza, atacó á Valencia y otras poblaciones que se rindieron á condición de seguir su culto, lo mismo que Alicante y Huerta; después fué á Zaragoza y á otras muchas provincias en donde se repitieron la matanza y el estrago.

Muza y Tarif andaban desazonados hacía tiempo, lo cual llegó á noticia del miramolín: los llamó á cuentas, y ellos acudieron al llamamiento, llevándose las riquezas de los vencidos, dejando á Abdalasis, hijo de Muza, por Gobernador.

Este Gobernador tenía entre otros muchos cautivos á Egilona, mujer de don Rodrigo, dama de gran belleza y suma discreción; cuando fué llamada por Abdalasis se trocaron los papeles, porque éste, al escucharla, quedó preso por el amor, y habiéndose hecho querer de ella, túvola por esposa, valiéndole ésta de mucho para su gobierno por su prudencia y buen entender.

Para el consumo total de la invasión de toda la Iberia, se habían detenido en las asperezas de los montes cántabros, muy reducido espacio para quien ya poseía el dominio de la península; pero tenían los ojos en Europa, y como ya estaban en ella, seguían adelantando con intención de pasar á la Galia Gótica, y atacar á aquellas provincias por ambos lados.

**

Estamos en el año de 717, es decir, seis años después de la trágica jornada del Guadalete, en donde fueron rotos los blasones de los godos: desde entonces el llanto ha corrido en los ibéricos semblantes hasta quedarse sin ver muchos ojos de los que miraron derrocar la Santa Cruz de las torres cristianas.

Recordaban cuando el arzobispo Urbano y el infante don Pelayo, llegaron en compañía de otros nobles del cerco de Toledo «custodiando las santas reliquias y los vasos sagrados, y que, para resguardarlos de la profanación, los pusieron en una cueva «debajo de tierra, cerca del sitio donde fué después la ciudad «de Oviedo.»

Las reuniones empezaron á notarse, los moros pusieron guarnición en los momentos en que, careciendo de caudillo, pensaban

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

MONTERREY, MEXICO

en Don Pelayo, por ser de sangre real y estar acreditado por su prudencia y grandeza, en épocas tan señaladas por los estragos de las costumbres, y por sus hazañas y grande esfuerzo en la batalla de Xerez, y lo que es más, por saber sus tendencias á la libertad hasta el grado de traer recelosos á los moros.

Cuando llegó el infante á donde lo esperaban, al momento lo proclamaron por caudillo; la sagrada plegaria de la libertad salió de sus labios con tanto fervor, que el entusiasmo se comunicó en toda la extensión que baña el Océano y el mar cantábrico en las playas españolas, y se aprestaron á las armas, desde las provincias cuyo suelo no había profanado la planta del invasor, hasta la tierra que ya hacía tiempo que gemía bajo su yugo.

Las rocas, convertidas en baluartes, vomitaban los campeones, que durante el día se ocultaban y por la noche, amparados por las sombras, iban á buscar el estandarte de don Pelayo.

Las correrías y asonadas que llevaron á efecto en los lugares invadidos, pronto obligaron por su feliz suceso en favor de los cristianos, que espontáneamente lo proclamaron rey á Don Pelayo en 716 ó 718, haciendo con ello justicia, por ser nieto de Chindasvinto, cuya dinastía se hubo de perpetuar hasta nuestros tiempos.

No pasó mucho tiempo de estos acontecimientos, cuando se precipitó de Córdoba un grande ejército, el cual puso espanto á las reducidas fuerzas con que contaban los cristianos, pero el valor y esperanza de que blasonaba su rey les comunicó esfuerzo y seguridad.

Con aquellas fuerzas que venían á convatirlos traían como prelado á don Oppas, en cuya astucia descansaban para rendir el ánimo del valeroso monarca, y traían como caudillo á Alcama, jefe de mucho poder para los moriscos.

El alma previsor de don Pelayo midió la enormidad de las fuerzas africanas y de los traidores; no sintió miedo, porque esa palabra ni por acaso se grabó en su cerebro. Pero comprendió que era un crimen entrar en combate y entregar á los suyos á una matanza inútil. Algunos días pasó en la inacción sentado en una ú otra roca del monte Avesua, como si buscara en las gigantes pedras una revelación del infinito.

Al fin debió encontrarla, porque un día bajó de la cúspide, y colocando sus soldados á cortas distancias en la falda del monte, se fortificó él en la cueva preparándose con provisiones abundantes y armamento suficiente para el reducido número de combatientes con que se encerró.

La cueva tenía mucha extensión y su entrada, relativamente estrecha, estaba formada por altas rocas desiguales y á uno y otro

lado las peñas como cortadas á pico, y á su frente desfiladeros y gargantas casi inaccesibles.

El renombrado capitán Alcama dirigía el ejército que apareció por los desfiladeros y avanzó hasta cerca de la entrada de la cueva, donde en pie, con el estandarte en la mano y hermoseedo por su varonil presencia y rico atavío, los esperaba el monarca.

Los moros, al ver el campo del combate que les proporcionó el Rey, comprendieron que sería más para daño suyo que para el de los contrarios, y quisieron parlamento. Don Oppas fué el elegido para desempeñarlo, y caballero en un macho se acercó á donde estaba el monarca, y en lenguaje persuasivo le propuso que desistiera de su temeridad, que comprendiera el crimen que iba á cometer con los suyos al llevarlos á combatir contra aquella Nación tan poderosa; que él, de parte de ellos venía á ofrecer la clemencia y grandes honores en compensación de que los hiciera arrojar las armas y los obligara á ser tributarios; que si seguía en su intento, que le esperaban grandes afrentas y ultrajes; que imitara á toda España, que ya estaba vencida, y que era necedad querer salvarla.

Don, Pelayo arrebatado por la ira, «Tú [dice] y Witiza tu hermano y sus hijos debéis temer la divina venganza, dado por breve espacio de tiempo las cosas se encaminen conforme á vuestra voluntad. Vuestras maldades son las que tienen á Dios airado, todos los lugares sagrados están por vuestra causa profanados en toda la provincia: Las leyes, por su antigüedad sacrosantas, abrogadas. Por estos escalones pasaste á tanta locura que metiste los moros en España, gente fiera y cruel, de que han resultado tantos daños, y tanta sangre cristiana se ha derramado. Por las maldades, si entendemos que Dios cuida de las cosas humanas, vivos y muertos seréis gravísimamente atormentados. Tú más que todos, pues olvidado de la dignidad y oficio que tenías, has sido el principal atizador de estos males; y ahora, con palabras desvergonzadas, te has atrevido á amonestarnos que de nuevo bajemos las cervices al yugo de la servidumbre; más dices: que la misma muerte, esto es como yo lo entiendo, que de nuevo padecemos los males y desventuras pasados, con que hemos sido hasta aquí trabajados? estos son aquellos premios magníficos, estas las honras con que convidas á mis soldados? No Don Oppas, ni entendemos que las orejas de Dios nos están cerradas, ni el consejo tan apartado de ayudarnos, que hayamos de confiar en tus promesas; antes tenemos por cierto que su majestad sin tardanza trocará la grandeza del castigo pasado en benignidad, que si no estamos bastante castigados, y aunque afligidos y faltos, no

«nos quiere acoger, determinados estamos con la muerte de poner fin á tantos males, y trocar como esperamos esta vida desgraciada con la eterna felicidad.» Con tan mal despacho en su comisión regresó Don Oppas, y los moros obligados se vieron á entrar en batalla. El ataque comenzó por ambas partes con ímpetu salvaje, y combatiendo con todas armas, á un mismo tiempo atacaron por los desfiladeros, y por todos los escarpados lugares y por las alturas. Cuenta la tradición que los bárbaros de pronto comenzaron á cejar, porque las saetas y las piedras que los moros arrojaban contra los cristianos se volvían contra ellos: sienten los moros tan incalculable, daño, que aun los más valientes retrocedieron ante el prodigio.

Comenzó la desbandada afluyendo los más hasta el cercano monte. Los cristianos los persiguieron, y saliendo de la cueva se vió en la pobreza de su traje las penalidades que pasaban por defender su tierra. Pero en aquellos instantes, animados por la misericordia de Dios, coronaban sus esfuerzos con la victoria más completa, y para mayor realce en apoyo de sus creencias, y para prestigio de su causa, acontecía otro milagro.

En un lugar en donde el río Deva pasaba por un monte, el que servía de puente teniendo encima grandísima cantidad de soldados, cayó con grande estrépito en el lecho del río, y al hundirse perecieron tantos enemigos, al grado que muchos años después á poco cavar se veían los restos y las armas de los que perecieron.

Con esta victoria inauguró Don Pelayo la reconquista de su país y animó á las futuras generaciones para la defensa de las causas que demandan justicia, aun cuando los medios sean escasos. Acreditando en lo de adelante sus armas que siempre fueron victoriosas, pues más tarde tomó la ciudad de León y acometió otras azañas, legando á la posteridad el ejemplo de sus virtudes.

Al pié de la cueva de Covadonga fundaron los naturales una iglesia, y entre las peñas salientes colocaron las maderas de que estaba formada, la cual se destruyó en un incendio en el año de 1775. Siendo después edificado el Monasterio de Santa María de Covadonga por Carlos III en 1781. Por entre una reja se ven dos piedras piramidales, y de ellas se cuenta, que son las urnas cinerarias de don Pelayo y de Hermesinda, y hay una inscripción que dice:

AQUI YAZE EL S. REY D. PELAYO
 ELLETO EL ANO DE 716 QUE EN
 ESTA MILAGROSA CUEBA COME
 NZO LA RESTAURACION DE ESPA
 ÑA BENZIDOS LOS MOROS FALLECIO
 ANNO 737 Y ACOPAÑA SS MYSER Y EYMANA.

La inexorable justicia de Dios, que no deja sin castigo á quienes lo merecen, dispuso que don Oppas cayera prisionero quedando sujeto á las leyes de la guerra; que Munuza, Gobernador de Gijón, que había cometido tanta depredación, fuese muerto por los mismos á quien ofendió. Alcama, jefe de los moros, murió en el combate. Muza fué acusado por desfalco, sentenciado á pagar quedó avergonzado y de pesar murió. Abdabasis, hijo de Muza, fué muerto al estar haciendo oración. A Don Julián y á los hijos de Witiza los encauzaron por juzgarlos responsables de el desastre de Covadonga, y confiscados sus bienes se les dió muerte. Así acabaron aquellos monstruos de iniquidad, después de haberle preparado á su patria siete siglos de lucha, hasta que los Reyes Católicos, con la entrega de Granada, destruyeron el último baluarte de los Reyes Moros.

